

Discursos Ms. para el Doctorado.
Ca 2582(118)

Legajo 7.º n.º 118.

81-9-A = n.º 7

¿ Existe la combustión espontánea?

Memoria leída en el acto de los ejercicios de
Doctor en la Facultad de Medicina y Cirujía

Por

D. Fulgencio Ruiz Peres

1878.



40-6

¿ Existe la combustión espontánea?

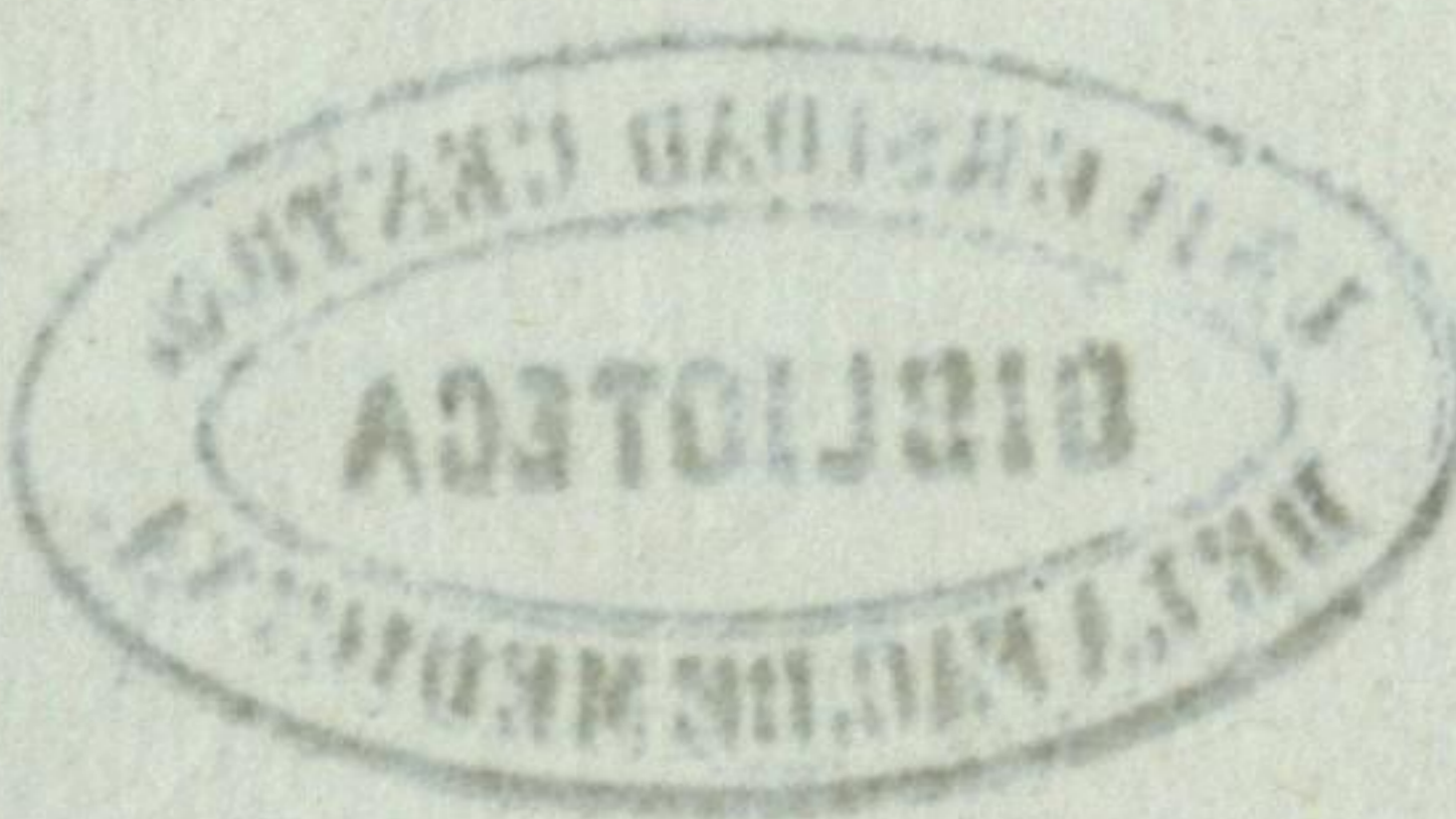


Ilustrísimo Señor:

Ninguno, absolutamente ninguno de nosotros desco-
noce los obstáculos insuperables que se presentan cuan-
do nos ocupamos de un trabajo como el que tengo la
honra de ofrecer á vuestra consideracion. Poco acostumbra-
dos á tareas de esta clase, luchamos unas veces con la
imposibilidad de dar á nuestras disertaciones una forma
conveniente, mientras que otras, y con las mas, nos
hallamos completamente contrariados, no obstante nuestro
deseo, por la superficialidad de nuestros conocimientos
en los muchos y variados recursos que abraza la di-
fícil y sublime ciencia del hombre.

Por eso no puedo menos, al sentarme
en este lugar de abrigar una ilimitada confianza
en la indulgencia del competente é ilustrado tribu-
nal que me escuche y en nuestra critica siempre bi-
névola y delicada, siempre dispuesta á favorecer al obli-
gado disertante.

Epa



6 18893090

Siempre, los que apenas de la mayor actividad y del
mas constante trabajo; los que carecemos completamente
con solo los esfuerzos individuales de muchos ele-
mentos para formar un buen juicio suelto, los
que marchamos á retaguardia en las ciencias,
debemos dejar toda idea de originalidad y
nuestras opiniones han de ser siempre el reflejo
de las de hombres privilegiados que con una
vasta erudicion y un esclarecido talento las
han decidido, considerando los problemas á
que se refieren en todas sus fases y bajo to-
dos los aspectos.

Si todos los hombres tuvieran
una idea exacta de lo que son y de lo que
valen, si tuvieran la habilidad de usar
sus fuerzas científicas, permitirían la frau-
de y tendrían la ciencia que lamentar tantas
teorías absurdas y tantas descabelladas hi-
pótesis, que apenas merecen tomarse en con-
sideracion. Tampoco es raro desgraciadamen-
te que no observemos á cada paso mas

pretensiones que erudicion, mas tendencias á
demostrar una venalidad de conocimientos
que á confesar su ignorancia, y sobre todo,
una sed ardiente de originalidad. Poco le
ocupa su virtud hasta el extremo de hacer ab-
negacion de sus opiniones ante la raras y á
veces es difícil que cedan ante la verdad
mas palpable. Su modo de pensar es el úni-
co exacto, verdadero y razonable; en su exal-
tacion, pretenden negar los hechos cuando le
son insuperables ó están en contradiccion
con sus creencias particulares, llevando con
frecuencia su fanatismo al extremo de impo-
ner á viva fuerza sus opiniones á los que
le están subordinados. El padre impone al
hijo sus ideas, sus creencias, sus costumbres.
El amo al peon; el amo al criado; el maes-
tro á su discípulo, y...; desgraciado de aquel
que tan siquiera intenta rebelarlos, ¡yo!
no si no hubiéramos sido detidos por

Dios de la libertad de pensar. Pero; ay, que esta cualidad tan preciosa de nuestra personalidad es muy pronto bastardeada por el orgullo del hombre. El insensato se cree poco menos que omnipotente; rechaza unas ideas, acoge otras nuevas, forja en su dorada fantasía quimeras inventadas, y allí se lanza cual tormente impetuoso a la lucha y al debate.

De ahí tantos y tan encontrados pareceres en las cosas mas triviales y sencillas, tantas opiniones extravagantes, tan múltiples y variadas como los individuos y tan desveredantes entre sí.

¿Fue extraño, pues, que la cuestión objeto de esta memoria en la que se pretende averiguar un hecho tan extraordinario como el de si existe o no la combustión espontánea, haya sido negado por algunos, sostenido por otros, y por último, que no haya salido

de todo tiempo quien lo considere como sobrenatural y milagroso?

En efecto, Señores; los primeros hombres que observaron este fenómeno no pudieron explicarlo de ningún modo; era una cosa superior a su inteligencia y en vano invocaron en su auxilio el conocimiento de las ciencias físicas y naturales, por lo que dejaron bien pronto, que el fenómeno en cuestión era debido a una causa misteriosa y superior, tan inexplicable como lo son todas las determinaciones del Ser Supremo para castigar la perversidad del género humano.

Esta explicación pudo satisfacer a los ignorantes, al vulgo, al ignorante siempre a creer lo sobrenatural y misterioso; pero los hombres filósofos y pensadores acogieron el hecho con reserva y se propusieron encontrar otra explicación mas satisfactoria.

Pero los hechos se repiten; diferentes y acreditados periódicos u otras como las notas de Copenhague, Annual register, Enciclopedia metódica, Acta medica philosophica, Thesaurus, Memoria de la Sociedad real de Londres, Memorias sobre los incendios espaciales, Diario de Medicina, Revista medica, Diario de Florencia, Diario del Hospital de Hamburgo, Nuevo Diccionario de Medicina, Boletín de Terapéutica y otros, no permiten dudar de la realidad de los hechos.

Hombrs tan autorizados como Jacobæus, Oranchini de Verona, Wilmer, Vicq-d-Azyr, Secot, Julia Fontanella, William Steffen, Wataghin, Robertson Merchand, Devergie, Dupuytren &c, afirman otocienta y cuentanse desde 1692 hasta 1839 veinte casos notables de combustion espontánea, recibidos y publicados por ellos mismos.

¿Podemos dudar, en vista de estos

antecedentes, de la existencia del fenómeno? Es lo que no.

Mas antes de pasar adelante, veamos que es lo que debemos entender por combustion espontánea; Comprendamos esta denominacion en su genuina y verdadera acepcion, es decir, creemos en una combustion primitiva e independiente de toda accion comburente anterior? Dos casos provee la ciencia que tenemos á su barbo; publicion uno en la gaceta de Milán del 7 de Abril de 1823, y el otro le refirió el cirujano Siven en el caso Abelacli Dematti; mas todos sabemos que ambos casos estan muy lejos de ofrecer todas las garantías de autenticidad que el estado actual de la ciencia requiere.

Sin embargo, Secot, Kopp y March, no ven la necesidad de la existencia previa de un cuerpo en ignicion; y no observamos continuamente, dicen, materias orgánicas e inorgánicas que

se inflaman espontáneamente, tanto en el ce-
ro como en la superficie de la tierra, consumien-
do a veces? No se producen estis por eléctri-
cas, proteando los bracos ó las piernas de cer-
tos individuos? pues, porque no puede de cad-
mitir desde luego, que, para provocar y man-
tener esta combustión, basta que se reúnan las
tres circunstancias siguientes: un estado eléctri-
co particular, la presencia de un licor alco-
hólico ó de un gas inflamable en ciertos
órganos y particularmente en el tejido celu-
lar subcutáneo y una cantidad notable de
grasa en el tejido adiposo. A esto contesta-
remos que en los casos auténticos siempre
se ha encontrado un cuerpo en ignición cer-
ca de los restos del individuo; está igual-
mente probado, que no todas las víctimas
de este accidente abusaban de las bebidas
alcohólicas; que en muchos casos no pare-

cia hallarse la atmósfera sobrecargada de elec-
tricidad, así como también hubiera sido difí-
cil probar, que el fenómeno dependía de un es-
tado eléctrico de la víctima.

Por consiguiente, concluiremos con Ma-
ta, que de esta manera considerada, la com-
bustión espontánea no existe.

¿Quié debe, pues, entenderse por com-
bustión espontánea? Devergié y con él la mayor
parte de los autores, dicen que en el incendio
total ó parcial del cuerpo humano, reconoce
por causa determinante el contacto mas ó me-
nos inmediato de una sustancia en ignición,
no estando sin embargo en la debida proporción
las partes quemadas con lo poco considerable del
medio comburente.

Ya he dicho anteriormente que los lu-
chos referidos hasta el día por los hombres cé-
lebres que he citado, forman una colección
suficiente para poner fuera de dudas su fe-
nómeno tan raro como ejecución. Por incon-

previsibles, por sorprendente que aparezcan los hechos de esta naturaleza, es ineluctable que han existido y han sido observados por hombres eminentes cuyos nombres son una garantía de esta verdad; porque, Señores, ¿no hemos de dar crédito mas que a lo que vemos y tocamos por nosotros mismos, o es que hemos de rechazar todo lo que nuestra limitada inteligencia se niega a comprender? Pues entonces, mucho, temblaríamos que negar; tal vez sería necesario suspender por dudosa de nuestra propia existencia; ¿Y cuando las cosas no admiten hoy la ciencia como realidades, que el tiempo y la experimentación se han encargado de sancionar, y que son verdades, porque si, sin que se sepa una sola de cuantas explicaciones se han inventado nos satisfagan? O existe el hecho, o no; si lo primero, es un absurdo grosero negar su existencia por la única y exclusiva razón de que no es comprensible, porque son muchos, sencillos

simos los fenómenos físicos y químicos que en otros tiempos tuvieron este carácter, en cuanto que los tienen explicaciones concluyentes; ¿Quién sabe, pues, si otro día la tendrá también el de que ahora nos ocupamos? Respecto a lo segundo, es incontestable, a menos que no demos crédito a tantos y tan reputados escritores como de ello se han ocupado. Pero entonces, ¿que unia de la ciencia? Reducirán esta a la experimentación particular y la práctica individual, si hubiéramos de admitir con recelo las aserciones de los demás.

Es molesto decir Casper, estar obligado en una obra científica y unia a hablar aún (en 1861) de la fabula de la combustión espontánea, fabula que repugnaba los argumentos científicos irresistibles de Siebig, y los argumentos del buen sentido y la experiencia. Pero no debieron parecer a Casper tan concluyentes los argumentos de Siebig, cuando buscaba pruebas por sí mismo en apoyo de su

opinión, y queriendo refutar á los que sostenían que la causa de la combustión consistía en la impregnación alcohólica de los tejidos, hizo el experimento siguiente; por dió fuego á un feto de cinco meses, conservado en alcohol por espacio de muchos años, y no solo no le pudo quemar, poniéndole una fuerte llama por todo el cuerpo, si no que, en cuanto apartaba la llama, se apagaba la que producía en la piel del feto. Repitió el experimento diez ó doce veces; siempre se quemaba la parte á que aplicaba la llama; pero no hubo combustión espontánea. Mientras que orgullosos y satisfechos, creyendo que el feto estaba más impregnado de alcohol que los que abundan de él en bebidas, y viendo que no arde entera, apresurarse á aplicar tantas veces la llama, concluían, que esta no era la causa de la combustión espontánea, he aquí que viene el resaca Mataz con cuatro palabras hechas por tierra su doctrina

experimento.
"Si se que pretendamos en teoría si el hecho de la combustión espontánea, escribe esta, diríamos que el experimento de Casper no dice nada. Un feto, como cualquier órgano conservado en alcohol, no se impregna de este líquido. La conservación de aquellos se debe á que el alcohol no los penetra; se queda fuera cada vez más debilitado; por eso hay que renovarlos; pues ávida de agua, se apodera de la que tienen los tejidos, y los seca. Por lo tanto, el feto no estaba más impregnado de alcohol que el que abunda de líquidos espirituales. Casper supuso un error en su experimento por no haberse formado una idea cabal de lo que hace el alcohol en contacto con los tejidos que en él se conservan."
Está, pues, aceptamos el hecho de la combustión espontánea, tal y como lo reconocen

la mayor parte de los hombres de la ciencia, creyendo con ellos, que es indispensable el contacto previo de un cuerpo igneo, si quiera sea insuficiente para producir en otras circunstancias una quemadura ligera y apreciable.

Sentado esto, empezamos por describir algo de lo que sucede en esta clase de combustión, y con la idea de que esta descripción sea exacta, referiamos algunos casos de los citados por Devergie, autor de cuya veracidad nadie podría dudar. Después de haceremos las proposiciones generales que se desprenden de todos los hechos que posee la ciencia, nos haremos cargo de las diferencias que existen entre esta combustión y la ordinaria y tocaremos ligeramente las varias hipótesis, emitidas para explicar este notable fenómeno.

Una mujer de 50 años, lavandera,

vivia en Paris en una bohardilla estrecha y oscura. No habia en ella mas que dos o tres muebles, ni tampoco agua; pobres cortinillas de seda colgaban de los ventanillas. El día 25 de Diciembre de 1829, entro dicha mujer en su casa embriagada como solia. Al día siguiente, sintiendo los vecinos olor a quemado, entraron en la bohardilla y encontraron a la inquilina echada al suelo, casi del todo quemada, con los ojos hacia la chimenea, donde no habia luz; debajo de uno de sus brazos estaba todavía un pedazo de silla en que la mujer se sentaria, y debajo del cuerpo habia un brasero de barro, en el cual se veian calcinadas las pías de las mujeres del pueblo; habia en el algunos restos de brasas procedentes de la combustión de la silla. El suelo estaba tapizado de un lienzo negro. Una viga que cobraba en la pared se habia superficialmente carbonizada. Una caja y las cortinas de la ventana estaban intactas, aunque muy cercanos al cadáver. Dicha mujer era asociada por bronchitis. Fructo de

do a la Morgue, Describió la reconocio y vio lo siguiente:

Grueso más de longitud, flagelera general, cara y pelo intactos; cuello y hombros en igual estado, piel del dorso y de las nalgas del todo destruida; sin vestigio alguno de ellas. Los miembros de los canales vertebrales del dorso y de los brazos, anales, corvas y reducidos a un volumen que no llegaba a representar la octava parte de sus dimensiones ordinarias. El coris y la mayor parte del sacro, carboxilares, gasientos y untuosos al tacto. Las costillas en igual estado o un poco más. Las regiones ilíacas desprovistas de músculos. Ano y vulva conservados. Gerdos y parte anterior del tronco como la posterior. No había más que los huesos de los miembros superiores y un poco de unión del hombro; en lo restante de los miembros, algunos vestigios tendinosos de músculos. En general, las partes fibrosas habían resistido más que los musculares. En los

sobacos había intacto un poco de carne. Los miembros inferiores habían sido quemados hasta su tercio superior. Las uñas permanecían intactas.

N. N., de edad de 24 años, estatura mediana, temperamento sanguíneo, pelo negro, was bien flaco que grueso, sano y naturalmente sabio, se fué a la catedral de Orens al anochecer del 19 de Abril de 1827; acosado de cierto calor insoportable, se salió y se fué a casa de su hermano. A las nueve y media se estaba retirado en encender un pedacito de arcefre, y habiendo logrado encender esta sustancia, cayó sobre sus dedos y determinó un dolor muy vivo; algunas gotas cayeron en sus vestidos y se inflamaron. El incendio tuvo progreso rápido; se levantó corriendo y con sus manos apagó los vestidos, quemados a un vez los dedos y se fue aunque ligeramente. N. N. sentía vivísimo dolor en sus manos, picando como "Dua ungi ad virtio" que las manos de aquel infeliz estaban cubiertas de una llama arduca, ardiente.

do como bujía. Al principio se creyó que era todavía el arufo, y en vano se intentó apagar las llamas con agua fría. Una cataplasma de harina y aceite aumentó el incendio. Al fin se aplicó á las manos barro de cuchillero, y r. r. se fué el encuentro de M. Richard, con la vista arrojada sobre el encendido, expresando en sus facciones la desesperación, y le pidió socorro diciendo que se abrasaba. Sus manos estaban rojas, hinchadas, y se exhalaba de ellas una especie de humo o vapor. Haciéndole meter las manos en una fuente, se abrió, las llamas se apagaron; mas bien pronto, á cincuenta pasos de distancia, volvíeron á apagar. Llegado á su casa, metió otra vez las manos en el agua, que se calentó á to con finno. Cada vez que sacaba las manos del líquido veía el enfermo fluir de ellas una especie de pingue y llamas aruladas, sobre todo en un lugar oscuro. Los dolores persistieron gran parte del día haciéndole muchos ayes y muchos gemidos. En los dedos se advertían muchas ampollas llenas de una serosidad roja; en

muchos puntos la epidermis se había levantado en Arufo, y el dermis, desnudo y pardusco, parecía corroído. Se curó como una quemadura simple y veinte días después el enfermo se encontraba en un estado satisfactorio.

Estas y otras muchas observaciones que poseo la ciencia podría citar en apoyo de la epidemia que sustento; pero son bien conocidas de todos, y por otra parte el deseo de concretar las cuestiones en cuanto me sea posible, me obliga á no dar la latitud que por su importancia merece. Es suficiente exponer en este lugar las proposiciones generales, deducidas de la observación; y son las siguientes:

1.^a... El sexo femenino es mas comunmente objeto de la combustión espontánea; en veinte casos solo ha habido cuatro varones.

2.^a... La edad en que la combustión espontánea se desenvuelve es desde 50 á 90 años. En los veinte casos citados solo se encuentran uno de

17 y otro de 24.

7.^a... El sujeto suele ser reducido a cenizas o carbon, exceptuando alguna vez, la cabeza, las manos o los pies; á veces solo quedan algunos huesos de la cabeza y de los miembros, que sea luego como se tocan caen en polvo. Sin embargo, la combustión puede no ser mas que parcial.

8.^a... Muy a menudo los muebles de la habitacion donde el sujeto se ha abrasado quedan intactos.

9.^a... Quedan tambien intactos algunas veces parte de los vestidos del quemado.

10.^a... La causa determinante de la combustión suele ser una lámpara, una bujía ardiendo, la luz de la chimenea, de un brasero, una pipa ó un cigarrillo. Todos los casos de la tabla fueron provocados por algunas de estas causas. Nunca hay relacion entre el foco de la combustión y la intensidad de la quemadura.

11.^a... El abuso de los licores espirituosos y los baños frecuentes de alcohol alcanforado, son há-

bitos higiénicos que predisponen á la combustión espontánea.

12.^a... Aunque la combustión espontánea puede presentarse en todos los países, es mas comun en los frios y en inviernos.

13.^a... La obesidad parece ser una disposición favorable para el desarrollo del fenómeno, sin que por eso la extrema flaqueza sea un obstáculo.

Estas deducciones, que repetidas son el resultado de la observación, prueban suficientemente las notables diferencias que existen entre esta combustión y la ordinaria. Fijen la atención en lo que sucede cuando se quiere conseguir la combustión de un cadáver; fijen tambien en que cuando estaba en un horrible suplicio del fuego, veíamos obligados los verdugos para conseguir la incineración á rociar á las desdichadas victimas, no solo de una considerable hoguera, con la que no siempre lograban seguro éxito, sino que tambien de sustancias inflamables para facilitarlas. ¿Qué sucede en la espontánea? La causa que de ordinario la

determina tan insignificante, tan despreciable; una
llama arulada que se propaga con extrema rapi-
dez, la integridad en que suele dejar los vestidos de
la víctima, así como á los objetos que la rodean
y otra multitud de circunstancias: ¿no nos
están diciendo que esta clase de combustión es ex-
traordinaria, sui generis; quiza inexplicable en
el estado actual de la ciencia y de los conocimientos
humanos, pero cuya existencia parece indudable;
si juzgamos en virtud de la poca frecuencia de
los hechos? ¿Opceria la ordinaria tan raras por
singularidades? Lícito es asegurar que no. Luego es
lógico concluir que son diferentes, Acuto mas, cuan-
do que en la una, un sujeto que se saca a tiem-
po se libra del incendio, en tanto que en la otra
nada consigue apagar la arulada llama, si
bien ha sido apagada, cuando aparece de un
100.

sin embargo de esto, no han faltado
médicos en época reciente que la han negado abso-
lutamente. Dischoff cree que es necesario borrarla
de la ciencia y tenerla en la misma línea que

la piedra filorofal, la práctica de los hechiceros, el
magnetismo animal y otras cosas por el estilo. Lin-
dij, Dequault y otros, la negaron también con motivo
del celebre proceso, instruido en Alemania á con-
secuencia del asesinato verificado en la condessa de
Georditz en 1847.

El Doctor Graff, presidente del colegio mé-
dico de Fless, sostuvo la posibilidad de la combustión
espontánea, sin embargo que declarara que la con-
dessa de la condessa no había sido víctima de este género
de combustión; opinión, confirmada después por el
presunto inculcado en la cárcel conde de halla-
ba, manifestando, que cogido infraganti por la con-
dessa en un robo que en aquel momento cometía
en su habitación, la estranguló y se fundó en
una silla, la roció de sustancias inflamables
con las que puso fuego á su cadáver.

Como vemos, este viciado proceso, dió
lugar á que algunos médicos, entre ellos los que he
citado, negaran rotundamente la existencia de
la combustión espontánea, convirtiendo su princi-
pal argumento en que la condessa no murió así.
Eso quisimos dijo el Doctor Graff, y sostuvo, un ob-

ante, la posibilidad del fenómeno; por consiguiente, este hecho nada prueba, y si algo dice, es en favor de la combustión que nos ocupa.

De que la muerte de la condena se produce por la combustión espontánea, á que esta sirve de argumento para negarla en absoluto hay una inmensa distancia. Es una cuestión importantísima de Medicina legal, y de mirar un asunto ligeramente y con inferioridad, á meditarle con calma y prudencia, pueden originarse muy distintos resultados para los jueces, y á veces, inocentes acusados. Digamos sino Millot de Reims y otros dos maridos de Escocia, acusados de homicidio en las personas de sus respectivas mujeres. Lecat en Francia y Duncan en Escocia les rehabilitaron y salvaron, haciendo presente á sus jueces que las mujeres quemadas, lo fueron en virtud de circunstancias especiales de su cuerpo que favorecen la combustión á la acción mas ligera de un cuerpo igneo. De aquí, que semejantes acusaciones no sean castigadas hasta que el tribunal no se halla cerciorado de si son ó no, caso

de combustión accidental.

Ahora bien; después de probada la existencia de esta combustión, han escrito como poco frecuentemente por fortuna, nada tendria que decir acerca de los fenómenos emitidos para explicarla, pues estas son cuestiones subalternas, muy relacionadas con la principal, es verdad, pero no comprendidas en el título. Por consiguiente me limitaré á indicarlas ligeramente, absteniéndome de dilucidarlas, lo que seria un trabajo, no lo duda, superior á mis pobres fuerzas, y que no tendria por otra parte las mejores condiciones de oportunidad.

Ya he dicho anteriormente que los primeros hombres que observaron el hecho en cuestión, lo tuvieron por sobrenatural y milagroso; y es claro que no pocas manos de muchachos, en una época en que las ciencias estaban infinitamente mas atrasadas que en la actualidad, si bien debe advertirse que con respecto á la explicación de este fenómeno, poco, poquísimo han adelantado. No obstante, aunque en esto como en otras muchas cosas las ciencias no han dado un paso tan gigantesco como suponen algunos, en cambio la

incredulidad en los acontecimientos sobrenaturales es mayor y los milagros no estan como entonces a la orden del dia.

Varias han sido las opiniones de los hombres de la ciencia que se refieren a la explicacion del insolito y aterrador suero que nos ocupa, pero las principales son las de Bruchet, Dupuitren, March y Julia Fontanulle.

El primero supone una especie de inhibicion alcoholica en los tejidos a consecuencia de los abusos, que en la mayoria de los casos, han hecho de estas sustancias las desgraciadas victimas.

Dupuitren considera esta combustion analoga a la ordinaria toda vez que en el individuo afecto concurre la circunstancia precisa para el, de tener gran cantidad de tejido adiposo.

March supone la presencia de un gas inflamable en el tejido celular subcutaneo y un estado idio-electrico particular del individuo.

Por ultimo; Julia Fontanulle eni este

no menos consecuencia de una diatesis.

Ninguna de estas hipotesis son rigorosamente aceptables. Sin embargo, la primera, la que explica la combustion por una inhibicion alcoholica parece preoalecer. Nosotros la aceptamos a falta de otra mejor y esperamos de parte de la inmensa mayoria de los medicos, Esperemos, sin embargo, de la ciencia de progreso que las ciencias han en su progreso, y muy particularmente de las quimico-organicas, la satisfactoria explicacion de un hecho tan triste como poco frecuente, por fortuna de la humanidad. He dicho.

Madrid 27 de Marzo de 1848.



Eulogio Piriz y Perez